



La rebelión de mayo de 1968: estudiantes con obreros, barricadas en el Barrio Latino y la revolución que redefinió a Francia

» El 10 de mayo de 1968, unos 20 mil jóvenes alzaron 60 muros de adoquines contra la policía, desatando una revuelta que los unió a obreros y cambió al mundo al paralizar al país con una huelga que conquistó derechos y libertades.

Era 1968. La medianoche del 10 de mayo marcó el despertar de una nueva conciencia social. Miles de estudiantes franceses tomaron el Barrio Latino para levantar barricadas con los mismos adoquines que, según el lema —Sous les pavés, la plage!—, escondían la playa, la libertad. Corrían y gritaban: "¡Unidad!". El asfalto levantó temperatura por los pasos de aquellos jóvenes que demostraron estar decididos a defender su lugar frente a los bastones policiales y los gases lacrimógenos. La multitud transformó las calles de París en el primer espacio que se negaba a ceder frente a un sistema que los quería obedientes y sumisos.

¿Qué pasó? Entre el 10 al 11 de mayo de 1968, la tensión acumulada desde el cierre de la Universidad de la Sorbona derivó en un enfrentamiento entre 20 mil jóvenes y las fuerzas especiales de seguridad (CRS). Luego del fracaso de las negociaciones, la policía lanzó una ofensiva brutal con gases y proyectiles, pero los estudiantes resistieron detrás de sesenta barricadas construidas con autos volcados y adoquines. El saldo de casi mil heridos y cientos de detenidos indignó a toda Francia, y obligó a los sindicatos a llamar a una huelga general el 13 de mayo: paralizaron al país con nueve millones de trabajadores en las calles.

Lo que allí se logró fue la unión estudiantil con el movimiento obrero frente a un enemigo común: el gobierno de Charles De Gaulle y el modelo capitalista. Al ver las barricadas, los trabajadores entendieron que era hora



La tensa confrontación entre estudiantes y fuerzas del orden estalló en las calles de París durante La Noche de las Barricadas en mayo de 1968.

de también ponerse su destino en los hombros e iniciaron una revolución sin precedente que cuestionó la jerarquía y el imperialismo, con la misma fuerza que rechazaron la Guerra de Vietnam.

El estallido de mayo

El 11 de mayo, París amaneció con las cicatrices de una noche de combate. Las veredas del Barrio Latino era una exposición de los restos de las barricadas, autos calcinados y los adoquines arrancados del suelo. Las paredes se convirtieron en un lienzo de insubordinación cubierto de

consignas icónicas como "Prohibido prohibir" o "La imaginación al poder". Lejos de silenciar la protesta, la brutal represión policial generó una ola de indignación que sumó el apoyo inmediato de profesores, intelectuales y sectores políticos que cuestionaron la línea dura del gobierno conservador, nacionalista y profundamente verticalista, donde el poder se ejerce de arriba hacia abajo, de manera jerárquica y autoritaria.

La tensión se extendió a facultades y liceos de toda Francia. Los estudiantes, que inicialmente habían demandado la rea-

apertura de la Sorbona y el cese de la represión, comenzaron a exigir reformas estructurales: democratización universitaria, libertad de expresión y una participación real en la toma de decisiones. Las asambleas se multiplicaron y la solidaridad alcanzó los cordones industriales, donde la precariedad y el descontento obrero ya estaban en punto de ebullición.

Mientras tanto, el gobierno de Charles de Gaulle subestimó la magnitud del desafío. El presidente, figura de la estabilidad y el orden de posguerra, confió en que la fuerza policial resta-

blecería la calma; sin embargo, la escalada fue imparable. El 13 de mayo, una huelga general sin precedentes paralizó fábricas, bancos, transportes y oficinas públicas. Con los más de nueve millones de trabajadores en las calles, la economía colapsó y el Estado se vio desbordado por una marea humana que exigía un cambio de era. Y lo exigía urgente.

Las calles se transformaron en un escenario donde primó el desafío político. También la imaginación. Entre teatros y radios ocupadas, surgieron comités de acción que borraron las fronteras



Artistas e intelectuales revolucionarios marchan junto a estudiantes durante las protestas que culminaron en "La noche de las barricadas" en París, mayo de 1968.



Gente que camina sobre una de las barricadas de adoquines.



Una multitud de estudiantes La Sorbona.

entre el estudio y el trabajo. En esas asambleas conjuntas, estudiantes y obreros superaron sus diferencias históricas para reconocerse, por primera vez, como aliados en una lucha común por la transformación social profunda de Francia.

Un país en vilo

Lo que sucedió esos días no fue un hecho improvisado. Hubo un trasfondo para esa rabia. Para 1968, Francia atravesaba una paradoja: mientras la economía crecía en los llamados "Treinta Gloriosos", la sociedad vivía bajo un control asfixiante. El gobierno de Charles de Gaulle representaba valores conservadores que ya no encajaban con la nueva generación. No escuchaba las demandas de autonomía juvenil, ignoraba el creciente descontento en las fábricas y se negaba a flexibilizar una estructura de poder que funcionaba bajo órdenes, pero sin consensos.

Los jóvenes, influenciados por los movimientos antiimperialistas y el rechazo a la Guerra de Vietnam, se sentían atrapados en universidades masificadas y autoritarias. Y la clase obrera, a pesar del crecimiento del país, lidiaba con salarios bajos y condiciones laborales rígidas. Esta desconexión entre el Estado y las aspiraciones de libertad de su pueblo fue el combustible que transformó los adoquines en barricadas.

El gobierno, cada vez más aislado de la realidad, intentó negociar con los sindicatos y prometió reformas laborales, pero las bases —los obreros— desconfiaban de cualquier acuerdo. De Gaulle, enfrentado a una cri-

sis sin precedentes, desapareció durante varias horas el 29 de mayo. En ese contexto, la huida generó rumores de renuncia y alimentó la sensación de vacío de poder. En las calles, las manifestaciones no bajaban en masividad y el clima de rebelión no cedía.

Una multitud de estudiantes La Sorbona

La movilización no solo estaba cuestionando la autoridad del gobierno, también sacudió a los partidos tradicionales y a las cúpulas sindicales. Fue un momento en que el país experimentó un parálisis nunca antes lograda con comercios cerrados, servicios interrumpidos y una economía a punto de irse a pique. Mientras tantos, la televi-

sión transmitía imágenes de las calles tomadas, las fábricas ocupadas y había debates transmitidos en vivo donde se discutía el futuro de Francia y el sentido de la democracia.

Al final de mayo, la tensión llegó a su punto máximo. El gobierno convocó elecciones anticipadas y los sindicatos aceptaron negociar, logrando conquistas laborales históricas, como aumentos de salario —35%, en algunos casos— y reducción de la jornada laboral: 40 horas semanales. Pese a todo, la revuelta no derrocó al régimen, aunque el impacto cultural y social de mayo del 68 fue profundo. El cambio más fuerte fue invisible a los ojos del Estado. Se rompió para siempre la rigidez de una sociedad paternalista, dando paso a

una era de libertades individuales, derechos civiles y una nueva forma de entender la autoridad que transformó la mentalidad de Occidente: cambió la relación de poder entre jóvenes, trabajadores y autoridades, e instaló nuevos valores de libertad, participación y ruptura con el autoritarismo.

A partir de esas jornadas, que quedaron catalogadas por algunos sectores sociales y políticos como un recuerdo romántico de una revolución popular, la juventud francesa comenzó a tener protagonismo de la vida política y cultural. El sueño de un cambio radical no se concretó del todo, pero lograron servir de inspiración para movimientos sociales en todo el mundo. Las noches de

barricadas y utopía no sólo alteraron el rumbo de Francia: abrieron una brecha irreparable en la historia contemporánea.

Allí está la gran paradoja: el movimiento fracasó en el terreno político al fortalecer en las urnas al gobierno de De Gaulle que en lugar de renunciar, disolvió la Asamblea Nacional y convocó a elecciones. Esto trasladó la pelea de las calles (donde ganaban los estudiantes) a las urnas (donde ganaban los adultos y conservadores). El triunfo fue en el plano cultural porque los estudiantes ganaron para siempre la lucha por el pensamiento y las libertades del siglo XX. Ganaron el futuro.

POR FERNANDA JARA
FUENTE: INFOCART



Las calles de París tras La Noche de las Barricadas en mayo de 1968.